

¿Elecciones en Iraq?

Walter Laqueur, director del Instituto de Estudios Estratégicos de Washington (LA VANGUARDIA, 10/12/04)

El mecanismo de la guerra civil iraquí está en marcha: la gran mayoría de víctimas mortales de las últimas semanas son árabes asesinados a manos de árabes. Cabría tal vez imaginar la posibilidad de unas elecciones regionales en el país a finales de enero, pero conocer ahora unas elecciones generales parece una necesidad; piénsese que la población del *triángulo suní* teme mucho más a los terroristas que a su gobierno. Naturalmente puede pensarse en una solución militar: dos o tres operaciones como la de Falluja bastarían... Pero es muy dudoso que los norteamericanos estén por la labor. Y si no siguen esa senda, deberían renunciar a la ficción de unas elecciones generales cuanto antes.

Hace mucho tiempo que debería haber quedado claro. Iraq, como Yugoslavia, ha sido una construcción artificial en cuyo seno un 18% de suníes constituía un factor primordial; sólo una dictadura era susceptible de mantener el statu quo. No existía razón alguna para dar por sentado que los suníes cederían de buen grado su posición preeminente. Y, aunque las elecciones se celebren, sólo representarán un respiro en la lucha por el poder.

Los insurgentes suníes han tenido éxito hasta ahora en el campo de batalla, pero ¿de qué estrategia podrán valerse en el futuro? Porque lo cierto es que se encuentran en una situación paradójica: pueden fácilmente impedir la elección de un gobierno democrático y el restablecimiento de una vida más o menos normal en el país, pero no pueden arrebatarse el poder porque si afloraran a la superficie se verían expuestos ineluctablemente a las fuerzas estadounidenses, que los exterminarían. Tal es una de las lecciones más antiguas de la guerra de guerrillas: no exponerse a ser blanco de los ataques de un ejército regular. Y, si los suníes no lo saben, podrán comprobarlo sobre el terreno de la forma más dura y cruel. Si intentan invadir el sur de predominio chií habrán de enfrentarse no sólo a las milicias chiíes sino probablemente también a los iraníes. Naturalmente cuentan con suficientes fuerzas para causar problemas en Mosul, pero si se les ocurre invadir Kurdistán toparán con el mismo problema.

En una palabra, cuentan con fuerzas suficientes para crear y mantener una situación caótica en el *triángulo suní*, pero no pueden resurgir actuando como estrato influyente como bajo el régimen de Saddam Hussein. La naturaleza siente horror al vacío, como lo siente la política. Si atacan a los chiíes que viven en el *triángulo suní* (por ejemplo, en Bagdad), no por ello serán populares. Una minoría armada y adiestrada puede siempre aterrorizar a la mayoría, pero a largo plazo terroristas y guerrilleros precisan del concurso de la población en cuyo seno se desenvuelven. Es la vieja historia del pez y el agua que Mao solía repetir (Mao describió a la guerrilla como el "pez" que debe "nadar" en el "océano" del pueblo). En este sentido, los insurgentes suníes iraquíes también precisan del agua del océano...

¿Qué acontecerá a partir de ahora? Deberían entablarse negociaciones, pero en el

magma insurgente quien lleva la voz cantante es la gente armada y, que se sepa, no cuenta con líderes políticos claros y definidos. El elemento más influyente de la comunidad suní es la asociación de teólogos y juristas musulmanes (AMS) que en unión de otras 49 formaciones políticas suníes ha hecho un llamamiento en favor del boicot a las elecciones. No obstante, resulta dudoso que estos clérigos representen una autoridad a ojos de los terroristas. Tarde o temprano se abrirán negociaciones, no sin que antes se registren nuevos combates, y tal vez sea menester incorporar otros países árabes y musulmanes. Sin embargo, no ha llegado todavía el momento oportuno desde el punto de vista psicológico. Los insurgentes siguen creyendo que la victoria se halla al alcance de la mano, como también lo cree la oposición que les combate; sin embargo, ninguno de los bandos se halla lo suficientemente debilitado para pactar.

Pero en Washington se siguen también haciendo ilusiones. No se ha reconocido aún que la lucha por el poder es algo inevitable en Iraq. Ni han caído suficientemente en la cuenta de que por más que se celebren elecciones, éstas conducirán a una victoria de la lista chií apoyada por el ayatolá Sistani, lo que implica un Iraq fundamentalista con fuerte influencia iraní, tal vez no demasiado radical pero todavía inaceptable para los no chiíes.

Se aprecia, en fin, un verdadero pánico a una guerra civil en Iraq que, como juzgan algunas voces en Washington, podría extenderse a los países vecinos y acarrear la interrupción del flujo de petróleo y otros desastres. Sin embargo -paradójicamente- esta lucha por el poder es precisamente el factor que puede un día facilitar la solución del conflicto, tal vez no hoy ni mañana pero sí en un marco más amplio. Una guerra civil parece casi inevitable. Ya se está librando, aunque no debería ser tarea demasiado ardua impedir su propagación a otros países, por la sencilla razón de que nadie quiere que ello suceda. Lo ideal sería hallar una solución pacífica del conflicto. Pero las pasiones y sentimientos -como el fanatismo- se hallan profundamente arraigados, y el conflicto nacional iraquí se parece a una hoguera que ha de extinguirse por sí misma antes de que pueda progresarse hacia una convivencia pacífica. Cualquier intento de introducir o imponer a la fuerza un orden democrático, o de preservar la unidad de Iraq a cualquier precio, se asemeja al empeño de restablecer el tejido político de la Yugoslavia de Tito a base de convocar elecciones generales: no tiene visos de perdurar.

Washington podría haberse ahorrado muchos quebraderos de cabeza, muchas decepciones y contratiempos si hubiera comprendido esta realidad con la debida antelación. Probablemente no es demasiado tarde -incluso en estos momentos- para que modifique su política con relación a Iraq. Pero el tiempo se acaba.